

## reseñas

eduardo sáenz rovner \*

*Usos y abusos de la historia: un ensayo bibliográfico*

BERMUDEZ, Alberto

***Alvaro Gómez Hurtado. Su pensamiento vive***

Bogotá, Universidad Sergio Arboleda, 1996, 400 pp.

HOYOS HOYOS, Darío

***Ocurrencias de Ospina Pérez***

Bogotá, Editorial Kelly, 1992, 140 pp.

IRIARTE, Alfredo

***Historias en contravía***

Bogotá, Espasa Calpe, 1995, 264 pp.

GAITAN JARAMILLO, Gloria Gaitán Jaramillo

***Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papá un Buick***

Bogotá, Colparticipar, 1998, 414 pp.

CORREDOR MARTINEZ, Consuelo

***Los límites de la modernización***

Bogotá, Cinep, Facultad de Ciencias Económicas-Universidad Nacional de Colombia, 1992, 377 pp.

En este escrito analizamos una serie de trabajos que, aunque no reclaman ser escritos históricos, utilizan la historia para sustentar los puntos de vista académicos y/o políticos de sus autores. El sustento histórico de estos trabajos tampoco tiene la rigurosidad académica deseable y realizan un cubrimiento incompleto de la literatura. Dedicaremos más espacio a los últimos dos trabajos, ya que éstos plantean algunos puntos que merecen mayor análisis.

\* \* \*

El libro de Alberto Bermúdez, *Alvaro Gómez Hurtado. Su pensamiento vive*, trata sobre el político conservador nacido en 1919 y asesinado en 1995. Hijo de Laureano Gómez, pasó buena parte de su infancia en Argentina y en Europa, donde su padre ocupó puestos diplomáticos. Desde muy joven fue periodista y se interesó en la política: concejal a los 21 años, representante a la Cámara a los 25 y senador a los 32. Fue candidato a la Presidencia de la República en tres ocasiones, Designado a la Presidencia entre 1982 y 1984, y copresidente de la Asamblea Nacional Constituyente en 1991. Fue embajador en Suiza, Italia, Estados Unidos y Francia. Gómez heredó de su padre el liderazgo de la derecha del Partido Conservador. Se opuso a la reforma agraria durante la década de los años 60 y desde la

---

\* Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

campana presidencial de 1974, estuvo a favor de la reducción del Estado. También fue abanderado de lo que se conoció como “desarrollismo”, esto es, crecer económicamente antes de distribuir el ingreso.

Bermúdez, quien ha sido el biógrafo de oficio de la familia Gómez, sostiene que para frenar las aspiraciones presidenciales de Alvaro Gómez "se elaboró una falsa historia sobre su pasado político". A pesar de la afirmación de Bermúdez, la historiografía señala las acciones en un pasado de extrema derecha de Gómez. Opositor a muerte -casi que literalmente- del Liberalismo y de las ideas liberales, Gómez tuvo una gran capacidad para desdoblarse de opositor a los gobiernos liberales a participante de la burocracia en los mismos desde el Frente Nacional. Para Bermúdez, Gómez era el gran pensador a quien se le ocurrían todas las ideas geniales antes que al resto de la humanidad. Se convierte este libro en un elemento más de la construcción apologética de la imagen de un político conservador, después de todo simple heredero de la ideología reaccionaria y católica mediterránea, y hábil componedor político quien, a pesar de sus críticas al crecimiento del Estado, disfrutó de las altas posiciones del Estado desde muy joven.

Este libro es repetitivo y se podía haber resumido a menos de la mitad. Por último, Bermúdez pasa de la apología al provincialismo. Exagera el autor cuando señala que la liberación de Gómez, quien fue secuestrado por el grupo guerrillero M-19 en 1988, fue “en ese momento la noticia del mundo”.

\* \* \*

El libro del periodista Darío Hoyos Hoyos, *Ocurrencias de Ospina Pérez*, es presentado en el prólogo escrito por el hijo de este último, Mariano Ospina Hernández, como una “crónica histórica política” que contribuirá “a aclarar la niebla de desinformación que reina en muchos ámbitos del país sobre sus hombres grandes, dignos y humanos”. Tenemos serias dudas hasta qué punto el libro logra dicho objetivo. Hoyos, periodista muy cercano a Mariano Ospina Pérez, nos presenta una serie de hechos de la vida del expresidente transcurridos entre los comienzos de la década de los años 60 y 1976, año de su muerte. Desafortunadamente, el libro se convierte en un listado desordenado de anécdotas, discursos y entrevistas, sin ningún orden cronológico ni temático. De este trabajo, a duras penas brotan algunos elementos para entender la división del Partido Conservador entre ospinistas y laoreanistas-alvaristas, lo mismo que el distanciamiento entre la familia Ospina y Alfonso López Michelsen después de una columna periodística crítica escrita por Bertha Hernández, la esposa de Ospina Pérez. Hacia el final del trabajo se citan las declaraciones de políticos liberales y conservadores sobre Ospina Pérez después de su muerte; estas declaraciones contienen generalmente frases de cajón que se pronuncian después de la muerte de un político prominente: “dimensión de la grandeza”, “un gran hombre”, “un gran estadista”, “defensor de las instituciones democráticas”, etc., etc.<sup>1</sup>

Finalmente, estas crónicas de Hoyos nos dicen más sobre la profesión de “correvedile”, que se ha convertido en la forma de vida de muchos periodistas, que sobre la historia política reciente del país. Es una excelente muestra de la relación orgánica entre el poder y sectores

---

<sup>1</sup> Lo de “defensor de las instituciones democráticas” suena bastante irónico, teniendo en cuenta que como presidente Ospina Pérez cerró el Congreso en 1949, y que durante los años 50 fue el principal soporte civil del gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla.

importantes de la prensa y la *intelligentsia* en general en el país. A pesar del desorden, este libro es un síntoma de cómo la historia como crónica "patriótica" sigue entronizada en nuestro medio.

\* \* \*

El libro de Alfredo Iriarte, *Historias en contravía. Un texto colérico que destapa todo lo que la historia oficial ha querido encubrir*, es una narrativa amena de la historia política del país desde los años 20 hasta los años 70, finalizando con algunas reflexiones sobre las consecuencias del Frente Nacional en la vida política de Colombia.

Aunque es importante señalar la enorme responsabilidad de los gobiernos conservadores de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta Arbeláez por los sangrientos hechos de la época de La Violencia, para Iriarte, los políticos liberales emergen sin manchas. Sus únicas faltas fueron la "vocación suicida" y la ingenuidad, rayando en la estupidez, que les llevó a perder el poder y a no ser capaces de recuperarlo. Hay que recordar que fue Carlos Lleras Restrepo quien se prestó, por instrucciones de la embajada norteamericana, para organizar una encerrona en la convención de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, en mayo de 1950, para expulsar a sus dirigentes de izquierda<sup>2</sup>. Tampoco señala el autor el trabajo de varios liberales prominentes, incluidos Lleras Restrepo, Indalecio Liévano Aguirre y Enrique Caballero Escovar, contratados como consultores por los muy conservadores industriales antioqueños para defender los intereses de estos últimos y buscar el desmonte de la legislación social implementada durante la misma República Liberal. Piensa que los liberales "dilapidaron una oportunidad histórica" al no tomarse el poder durante el Bogotazo en abril de 1948 "haciendo ostentación de una execrable irresponsabilidad". El problema no fue de simple irresponsabilidad: pudo más el temor de los líderes liberales a embarcarse en una revuelta social y, por tanto, prefirieron cerrar filas para defender el establecimiento en unión de los conservadores ospinistas, las Fuerzas Armadas y los empresarios, como han demostrado diferentes autores. Sin embargo, el libro acierta en señalar el carácter reaccionario de los políticos conservadores de la primera mitad de siglo. En Colombia, como en otros lugares del continente, los límites entre el conservatismo y el fascismo fueron muy tenues<sup>3</sup>, de ahí en que Iriarte califique a los conservadores colombianos de la primera mitad de siglo como "godo-fascistas".

Se equivoca al afirmar que en los eventos que condujeron al golpe contra Gustavo Rojas Pinilla hubo un "mínimo" derramamiento de sangre; no murieron sólo dos estudiantes como afirma Iriarte; hubo, al menos, varias decenas de muertos, especialmente en Cali<sup>4</sup>. No fue pues una simple "dictablanda" como la señala Iriarte. Por último, Iriarte ignora la literatura existente. Si bien es cierto que la "historia oficial" (incluida buena parte de la "Nueva Historia") prefiere hacer a un lado buena parte de los hechos de la historia moderna del país, ya existe un cuerpo de literatura profesional que, a juzgar por un buen número de imprecisiones en este libro, Iriarte parece no conocer.

---

<sup>2</sup> SAENZ ROVNER, Eduardo (compilador), "Documentos sobre el X Congreso Nacional de la CTC en 1950 y la persecución sindical en Colombia", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Universidad Nacional de Colombia, N° 18-19, 1990-1991.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Sandra McGee Deustch, *Las Derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

<sup>4</sup> La revista norteamericana *Time* informó que hubo más de un centenar de muertos. Véase *Time*, mayo 20 de 1957, p. 26.

\* \* \*

Gloria Gaitán Jaramillo nos presenta una visión sobre su padre, el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, en *Bolívar tuvo un caballo blanco. Mi papá un Buick*. Según la autora, este libro tiene dos objetivos: “el hallazgo y reencuentro con un pasado histórico que nos marca hasta hoy”, y “la reconstrucción de una ideología que permitió la movilización del pueblo colombiano”. La autora analiza la influencia de los padres de Gaitán sobre su formación ideológica. Señala que ambos eran herederos del pensamiento liberal radical del siglo XIX: mientras que la madre tuvo más influencia por sus ideas antioligárquicas y a favor de la justicia social, el padre resaltaba los aspectos modernizantes del liberalismo que podían estimular el desarrollo de la economía. Gaitán provenía de una familia modesta de la clase media y algunos de sus antepasados habían tenido figuración política regional durante el siglo XIX.

Gaitán Jaramillo describe los orígenes de su madre Amparo Jaramillo quien descendía de una familia de hacendados y mineros antioqueños que con el tiempo había visto reducida su fortuna. Desde joven, Amparo había tenido ideas libertarias y rebeldes como otros miembros de su familia, tanto hombres como mujeres, incluida su abuela, quien tuvo mucha influencia sobre ella. Así no es extraño que Amparo admirase a Gaitán incluso antes de que lo conociera en una fiesta en el Club Unión de Medellín, en 1933. La autora reconoce que escribir este libro “fue un esfuerzo emocional que a veces [creyó] no poder superar”. En este escrito se siente el tremendo desgarramiento, como es lógico, que sufrió la autora como consecuencia del asesinato de su padre en 1948. Recuerda también que en el colegio algunas de sus compañeras de curso la maltrataban física y emocionalmente y le gritaban antes de la muerte de Gaitán “ojalá que maten a su papá”.

La primera parte del libro “Su intimidad” y en la que utiliza la correspondencia familiar, la autora revela facetas muy interesantes de la vida familiar de Gaitán. Sin embargo, la segunda parte del libro titulada “Su pensamiento”, exagera el papel de Gaitán como teórico social y del derecho, y llega a afirmar que *todas* las conferencias de Gaitán pronunciadas los viernes en el Teatro Municipal “tuvieron un alto contenido teórico, filosófico y pedagógico”. En resumen, tenemos en la segunda parte del libro una colección excesiva y sin mayor sentido de citas; que tienen como fin señalar que el pensamiento de Gaitán se enmarcaba en lo que la autora califica como “positivismo relacional” y que Gaitán era socialista mas no marxista.

Por último, blanco de las críticas de Gaitán Jaramillo son los autores “gringos” (incluidos los colombianos que, según ella, “tienen ojos de extranjeros para mirar nuestra realidad”) que han escrito sobre Gaitán. Según la autora, éstos escriben “muy controvertibles ensayos”, con una “superficialidad que raya en la calumnia”. Los trabajos académicos sobre Gaitán, según ella, son “deleznales” y “acomodaticios”. Obviamente, nos parece que estos comentarios no tienen sentido, aún más teniendo en cuenta la seriedad de trabajos de “gringos” (según su terminología) como Richard Sharpless, W. John Green, J. Cordell Robinson y Herbert “Tico” Braun (los dos últimos colombianos). Hubiera sido muy útil que Gaitán Jaramillo hubiese utilizado los escritos de los anteriores autores, así como la abundante literatura latinoamericanista sobre el populismo, lo que le hubiese ayudado a contextualizar la figura de Gaitán en la historia colombiana y latinoamericana del siglo XX.

\* \* \*

Tomamos ahora el libro de Consuelo Corredor, *Los límites de la modernización*. Este libro, aunque es resultado de una tesis doctoral en Economía, dedica una gran parte a una discusión histórica con la cual la autora busca apoyar su análisis. El propósito de este trabajo, según la autora, es “contribuir a la comprensión de la crisis actual [en Colombia] mediante el esclarecimiento de algunos factores estructurales y coyunturales que la han propiciado y que se han ido entretejiendo en la historia reciente del país”. Y agrega: “La tesis central [...] es que la crisis en que se debate la sociedad colombiana desde los años ochentas es el resultado de un largo proceso de erosión del orden tradicional, inducido por las transformaciones derivadas del proceso de modernización económica, que contrasta con el conservadurismo político expresado en el inmovilismo del sistema político y de la organización estatal”. Hay según ella, “un proyecto político fundado en la exclusión e inmovilidad social”.

Según Corredor, “... la crisis actual de la sociedad colombiana es la expresión de la extrema tensión resultante entre un proyecto de modernización económica ajeno a un proyecto de modernidad”. Según Corredor, la clave histórica para entender el “proyecto” trunco de modernidad en Colombia es “La temprana alianza entre los sectores agroexportadores y los industriales emergentes, así como la prevalencia del sistema de dominación bipartidista, le imprimió un carácter restringido al proceso de modernización económica y le impuso sus propios límites”. Y se apoya en un escrito de Gabriel Misas en el que se sostiene que “el proyecto burgués de industrialización no entró en contradicción con los intereses de la economía exportadora; por el contrario, fue un proyecto complementario, en el que sólo se permitieron e impulsaron unas formas determinadas de intervención del Estado”<sup>5</sup>. La autora cita nuevamente a Misas: “A diferencia de Argentina, Brasil o México, donde el populismo constituyó el régimen político que permitió a la burguesía industrial penetrar el aparato del Estado y promover la industrialización, en Colombia, la característica dominante desde la época de la crisis [de los años 30], ha sido la gran unidad de las clases dominantes dentro de un proceso de industrialización profundamente integrador, lo cual ha permitido que las contradicciones que genera el proceso de industrialización al interior de las clases que conforman el bloque en el poder, pudieran ser resueltas a su interior sin recurrir a alianzas con clases por fuera de dicho bloque”<sup>6</sup>. Sostiene Corredor que “la alianza de intereses entre la burguesía industrial y los sectores agroexportadores [...] será una de las líneas de argumentación central, pues en ella se arraigan muchos de los elementos explicativos de por qué en Colombia la modernización ha sido trunca y ajena a un proyecto de modernidad”.

Tenemos una serie de reservas sobre la conceptualización y la argumentación central del libro, lo mismo que un conjunto de comentarios sobre algunas imprecisiones y confusiones históricas que debilitan su análisis. Primero que todo, en su somero cubrimiento del siglo XIX, Corredor confunde la hacienda colonial, relativamente autosuficiente y limitada a mercados domésticos, con la hacienda exportadora que surgió a mediados del siglo XIX como respuesta a las demandas de los mercados en Occidente y cuyos propietarios eran un nuevo grupo social, inicialmente ligado al comercio internacional, como ha sido ampliamente demostrado por la literatura. Corredor utiliza el trabajo de Misas como apoyo de su argumentación. Desafortunadamente, Misas no constata empíricamente su planteamiento, y ésto le quita piso a

---

<sup>5</sup> MISAS, Gabriel, *Empresas multinacionales y Pacto Andino*, Bogotá, Editorial Fines-Oveja Negra, 1983.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 27. Más adelante, Corredor toma del mismo autor la siguiente cita: “A diferencia de las economías de Argentina, Brasil y México, en donde la burguesía industrial, desde los inicios de la crisis, en alianza con el naciente proletariado industrial, a través de gobiernos populistas...”.

la sustentación histórica del análisis de Corredor. En primer lugar, no es cierto que haya habido unidad entre las clases dominantes en torno al proceso de industrialización. Hemos ilustrado con abundante evidencia empírica los profundos conflictos entre los industriales y otros sectores económicos (comerciantes, cafeteros y otros agricultores) a mediados de siglo<sup>7</sup>. En segundo lugar, en cuanto a las relaciones entre los industriales y los populistas, el populismo cardenista de los años 30 entró en serias contradicciones con el principal núcleo de industriales mexicanos, el de la burguesía industrial de Monterrey, tal y como demuestra el detallado análisis de Alex Saragoza. También hubo serias divisiones entre los industriales argentinos en cuanto al apoyo a Perón. Y en Colombia, el político Jorge Eliécer Gaitán se enfrentó abiertamente a la burguesía industrial<sup>8</sup>.

Escribe Corredor: “Esta experiencia, no traumática para las élites dominantes, gracias a la alianza de intereses que acompañó el proceso de modernización, se configuró también con relación al capital internacional, que de forma permanente ha sido objeto de un tratamiento preferencial. La ausencia de proyectos nacionalistas ha sido ocultada por una retórica discursiva, a la que se apela según la coyuntura que así lo exija”. Se equivoca la autora. Para dar sólo unos cuantos ejemplos: el estado colombiano defendió los intereses de la Flota Mercante Grancolombiana en los primeros años de esta empresa, a pesar de las muy fuertes presiones del gobierno norteamericano a favor de compañías como la Grace Line; en las décadas de los años 20 y 30 se jugaba con las rivalidades de las potencias occidentales para conseguir mejores condiciones económicas para Colombia; Estados Unidos quiso imponer el librecambismo en Colombia en el período de la Posguerra y no lo logró, debido en muy buena parte a la fuerte y organizada oposición de los industriales colombianos; y en 1951 se firmó un convenio comercial entre Colombia y Estados Unidos que, aunque daba garantías para la repatriación de las ganancias de las compañías multinacionales, le permitió a los industriales colombianos mantener el control sobre el sector manufacturero tradicional<sup>9</sup>.

No estamos de acuerdo entonces con la idea de que el Estado colombiano era un simple títere de intereses foráneos. Tampoco estamos de acuerdo con la percepción de Corredor acerca de la Misión Currie. Esta misión vino a Colombia como *respuesta a las múltiples solicitudes de los colombianos* por préstamos al Banco Mundial y fue un colombiano, miembro de la junta directiva del banco, quien la propuso para justificar y facilitar las peticiones colombianas. De hecho, después de la misión, Colombia fue uno de los países latinoamericanos que más

---

<sup>7</sup> SAENZ ROVNER, Eduardo, *The Industrialists and Politics in Colombia, 1945-1950*, Ph.D. Diss., Brandeis University, 1988 [hay traducción al castellano: *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Ediciones Uniandes, 1992], e “Industriales, proteccionismo y política en Colombia. Intereses, conflictos y violencia”, en *Historia Crítica*, Universidad de los Andes, N° 3, 1990. Sin embargo, Corredor se contradice cuando señala más adelante que los reclamos de la Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC, durante el gobierno de Rojas Pinilla reflejaban “la lucha por la hegemonía del poder entre terratenientes e industriales” (p. 130).

<sup>8</sup> SARAGOZA, Alex, *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880-1940*, Austin, University of Texas Press, 1988; TEICHMAN, Judith, “Interest conflict and entrepreneurial support for Perón”, en *Latin American Research Review*, vol. 16, No. 1, 1981; HOROWITZ, Joel, “Industrialists and the rise of Perón, 1943-1946: Some implications for the conceptualization of populism”, en *The Americas*, vol. 47, No. 2, 1990; SAENZ ROVNER, Eduardo (1988), *op. cit.* Al tratar el populismo, la autora se basa en el trabajo de Gerardo Molina, en su momento un trabajo estimulante, pero ya superado en muchos puntos por la literatura histórica; véanse BRAUN, Herbert, *The Assassination of Gaitán. Public Life and Urban Violence in Colombia*, MADISON, University of Wisconsin Press, 1985; GREEN, W. John, “Nuevas interpretaciones del populismo latinoamericano y el caso del gaitanismo en Colombia”, *Innovar, revista de ciencias administrativas y sociales*, Universidad Nacional de Colombia, N° 5, 1995. Además, existe una literatura muy importante para América Latina; para un simple ejemplo de un trabajo comparativo, véase Michael Coniff, compilador, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

<sup>9</sup> RANDALL, Stephen, *The Diplomacy of Modernization*, Toronto, University of Toronto Press, 1980; de la PEDRAJA, René, *Energy Politics in Colombia*, Boulder, Westview Press, 1989; SAENZ ROVNER, (1988), *op. cit.*

préstamos recibió del Banco Mundial y con estos empréstitos logró mejorar su infraestructura de transportes, lo que también ayudó a integrar mercados internos<sup>10</sup>.

Corredor ve la modernización como un mero proceso de “modernización desde arriba”, donde las demás fuerzas sociales son “consideradas en la obra como ‘masas de extras’, negándoles su papel como actores sociales y políticos”. El papel de “las masas” no depende simplemente del papel que le quieran conceder las elites; de hecho, ha habido casos significativos en los que las clases subalternas han jugado un papel muy importante en los procesos de desarrollo económico y social, tal y como lo demuestra el trabajo de los historiadores Catherine LeGrand y de Michael F. Jiménez<sup>11</sup>. Este argumento de Corredor riñe con los hallazgos de la historiografía social y política sobre América Latina. Desafortunadamente se revela en un buen número de intelectuales colombianos el paternalismo de pretender que las “masas” no tienen mayor capacidad de maniobra y por tanto deben ser guiados por intelectuales “progresistas”. Además, tenemos que recordar que las diferentes fracciones de la elite no tienen un “proyecto” común y permanente sobre cómo “excluir” al resto de la población. Cada grupo de la elite defiende sus intereses económicos y presiona para lograr sus metas. Únicamente en momentos de profunda crisis política, cuando consideran que sus intereses y supervivencia como clase social están siendo cuestionados, reaccionan en bloque, tal como sucedió en Colombia al final de la Guerra de los Mil Días, durante el Bogotazo y durante el movimiento que depuso a Rojas Pinilla. También es erróneo afirmar como lo hace Corredor que en la década de los años 40 no ocurrió “una importante institucionalización[...] con la legislación laboral y social”<sup>12</sup>. Precisamente, buena parte de las reformas laborales se dieron durante la primera mitad de esa década, tal y como ocurrió en el resto del continente. Y contra esa legislación enfilaron los empresarios colombianos sus baterías en el periodo de la posguerra.

El análisis comparativo le hubiera permitido a la autora poner en contexto las medidas económicas y sociales de diferentes gobiernos latinoamericanos durante el segundo tercio de este siglo. Por ejemplo, la reforma tributaria de López Pumarejo en los años 30 fue más que un “intento de modernización”; estas reformas se dieron en todo el continente para compensar por las caídas en los tributos que dependían básicamente de los impuestos al sector externo. Sostiene Corredor que “Las elites económicas [colombianas] organizadas en gremios [...] no requieren de la intermediación de los partidos políticos [...]. Los gremios han logrado que lo económico goce de una relativa autonomía con relación a lo político, al liberarse del juego interpartidista, y más exactamente del sectarismo que por tanto tiempo estuvo en la base de la diferenciación entre liberales y conservadores”. Y agrega: “En el periodo de la Violencia la burguesía y la oligarquía, como élites económicas, están por encima de lo partidario. En lo político hay enfrentamiento, pero como sus lógicas están escindidas, el mundo de los negocios prosigue su marcha”; y, “Mientras el Estado está atrapado en la dialéctica amigo-enemigo,

---

<sup>10</sup> SANDILANDS, Roger, *The Life and Political Economy of Lauchlin Currie. New Dealer, Presidential Adviser, and Development Economist*, Durham, Duke University Press, 1990. Los países latinoamericanos más grandes no han sido simples marionetas de intereses extranjeros. Además, la literatura sobre las misiones económicas extranjeras nos muestra que en repetidas ocasiones los países latinoamericanos han aprovechado las misiones extranjeras para negociar y defender sus intereses; véase DRAKE, Paul W., *The Money Doctor in the Andes. The Kemmerer Missions, 1923-1933*, Durham, Duke University Press, 1989.

<sup>11</sup> JIMENEZ, Michael F., “Traveling Far in Granfather's Car: The Life Cycle of Central Colombian Coffee Estates; the Case of Viotá, Cundinamarca, 1900-1930”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 69, Nº 2, 1989; y *The Limits of Export Capitalism. Economic Structure, Class and Politics in a Colombian Coffee Municipality, 1900-1930*, Ph.D. diss., Harvard University, 1986. Catherine LeGrand, *Frontier Expansion and Peasant Protest in Colombia, 1850-1936*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986.

<sup>12</sup> Aunque más adelante la autora reconozca que durante el segundo gobierno de López Pumarejo sí se legisló en materias sociales (p. 167).

impuesta por el bipartidismo, las élites económicas se pueden sustraer a ella...”. Esto no es correcto: los grandes industriales aplaudieron el cierre del Congreso por parte de Ospina Pérez y la elección sin oposición de Laureano Gómez. Después de todo, había sido el Congreso de mayoría liberal el que se había opuesto al plan proteccionista impulsado por la Andi; los comerciantes agremiados en Fenalco eran de simpatías liberales y opuestos en general a Laureano Gómez. Además, precisamente en vísperas de la Violencia, tanto la Andi como Fenalco intentaron canalizar sus intereses a través de alianzas en el Congreso<sup>13</sup>.

Señala Corredor que el Estado colombiano no tuvo una política deliberada de protección a la industria durante los años 30 y la Segunda Guerra Mundial; esto es correcto, como ya ha sido demostrado. Pero también indica Corredor que “De 1945 a 1958 se sigue una política deliberada de sustitución de importaciones de bienes de consumo no durable, con un alto grado de protección efectiva principalmente a través del manejo arancelario”. Este último punto no es enteramente cierto ya que la protección arancelaria se implementó *sólo* en junio de 1950 y después de un proceso bastante conflictivo que tuvo como teatro las presiones de los diferentes intereses económicos en el Congreso y en el Ejecutivo<sup>14</sup>.

Insistimos en la necesidad del análisis comparativo a nivel latinoamericano para entender por qué, cómo y hasta qué punto la población es incluida -o excluida- en el accionar del Estado. Por ejemplo, el Estado mexicano tuvo que incorporar a los trabajadores y campesinos después de la tremenda movilización social que trajo la Revolución Mexicana, como muestra el trabajo de Kevin J. Middlebrook. También el Estado argentino incorporó desde muy temprano en este siglo a las clases medias, y a mediados de siglo a las clases trabajadoras. Depende entonces de la fuerza, organización e ideología de estos grupos, de su influencia sobre las políticas del Estado, y no simplemente de las conspiraciones y/o concesiones voluntaristas de la élite.

Para el caso colombiano en particular, Charles Bergquist argumenta muy persuasivamente sobre el conservatismo político y social de los campesinos cafeteros en Colombia, quienes encontraron soluciones individuales en la expansión del sector y en las oportunidades de adquirir tierra, como demuestran los datos comparativos de los censos cafeteros entre los años 30 y 50. Estos campesinos no fueron simples víctimas de la violencia bipartidista, sino que también se aprovecharon de ella para mejorar su posición económica y social. Bergquist también es muy crítico de la literatura que entiende las acciones del Estado como simples concesiones, conspiraciones y manipulaciones, y no como el resultado de conflictos entre diferentes clases sociales<sup>15</sup>.

El bipartidismo por sí sólo tampoco explica el modelo de “exclusión” en Colombia (incluso la literatura también cuestionaría su afirmación sobre la “inmovilidad social” en el país). Y teniendo en cuenta que la política norteamericana ha sido dominada por dos partidos, ¿podríamos aplicar entonces a los Estados Unidos este tipo de análisis? Aún más, bajo un sistema netamente bipartidista se dieron en Uruguay una serie de reformas políticas y sociales en las primeras décadas del siglo que hicieron de esa nación un ejemplo de “modernidad”.

---

<sup>13</sup> SAENZ ROVNER, (1988), *op. cit.*

<sup>14</sup> Erróneamente Corredor señala que la reforma arancelaria se adoptó en 1951.

<sup>15</sup> BERGQUIST, Charles W., *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*, Bogotá, S. XXI Ed., 1988, cap. 5. Desde otra orilla ideológica, aunque sin darle crédito al análisis de Bergquist, Malcolm Deas enfatiza los procesos de movilidad social en Colombia y el carácter de enfrentamientos “entre iguales o casi iguales” en los hechos de violencia; véase su escrito en Malcolm Deas y Fernando Gaitán Daza, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*, Bogotá, Fonade-Departamento Nacional de Planeación, 1995.



Hubiera sido muy importante que la autora hubiese realizado un cubrimiento de la literatura sobre la teoría de la modernización de los años 50 y 60 (que desafortunadamente no cita), y de los trabajos monográficos históricos de punta. Esto último le hubiese permitido entender el accionar de las diferentes fracciones de la elite, sus contradicciones, y el papel de las clases subalternas.

De todas formas, este libro plantea una temática interesante y que merece ser debatida por los especialistas en el desarrollo económico y social de Colombia durante el siglo XX. Además, tenemos que reconocer que la autora no se deja llevar por la ideología neoliberal tan en boga hoy en día, lo que es bien significativo teniendo en cuenta la conservatización de las ciencias sociales en general y de la Economía en particular.